

# **LA PANDILLA PALOMERA**

**Manolo Arrontes**

# LA PANDILLA PALOMERA

© Manolo Arrontes, 2016

manoloarrontes@lapandillapalomera.com

© Ilustraciones de Julia Tendero

**Primera edición:** diciembre de 2016

**Derechos exclusivos de esta edición:**

© iLUBUC, 2016

Vila i Vilà, 59

08004 Barcelona

www.ilubuc.com

**ISBN:** 978-84-946147-0-5

**DEPÓSITO LEGAL:** AS 3693-2016

**Impresión y encuadernación:**

Asturgraf

www.asturgraf.es

Todas las situaciones contenidas en este libro son invención del autor. En ningún caso las conductas y hechos de los personajes responden a situaciones reales pasadas o presentes.

Bajo las sanciones establecidas por las leyes quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización expresa de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento. Dirjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita escanear o fotocopiar algún fragmento de esta novela. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com).

## Presentación

Nos dicen que España en 1972 era un país gris, inculto y atrasado. Seguro que sí; cuando miro hacia atrás siento vértigo por lo mucho que hemos avanzado. No teníamos Internet ni videojuegos, el teléfono era solo fijo y para establecer una comunicación había que contactar con una telefonista («operadora», decían en las series de TV americanas). La televisión era en blanco y negro, con una o dos cadenas dependiendo de que vivieras en un pueblo o en una ciudad.

Las calles estaban sucias, había más pobreza y algo más de gente maleducada. Teníamos la obligación de ir a misa los domingos, jugábamos separados niños y niñas: ellas con muñecas y cocinitas, nosotros con soldaditos y juguetes bélicos. Los niños solíamos insultarnos y pelearnos.

Madres, padres y profesores recurrían a la violencia como apoyo a su labor educadora. Las madres eran diestras en el manejo de la zapatilla, ya fuera como arma corta para zurrarnos en el trasero o como objeto arrojado. Pero la verdad es que hacían poco daño. Eran peores los padres, que solo actuaban en situaciones excepcionales, cuando la falta cometida era realmente grave y la bofetada o el correazo hacían daño de verdad.

Los maestros y los curas eran, a efectos de violencia, como una madre y un padre a la vez: te pegaban con tanta facilidad y frecuencia como tu madre, pero te hacían mucho más daño del que tu padre pudiera ser capaz; eso sí, sus golpes se olvidaban en cuanto la clase o la catequesis tocaba a su fin.

Pese a todo ello, los niños, y no solo los de la pandilla Palomera, éramos felices porque teníamos la suerte de vivir en el mejor y más maravilloso de los lugares. En el inmenso reino que abarca desde los diez hasta los catorce años.

**FINALES DE  
NOVIEMBRE**



## 1. Jugando al escondite

Watussi decidió separarse del árbol que hacía de casa y se dispuso a buscar a los dos restantes. Minutos, Peseta y Pachi ya se habían librado y solo quedaban por salir Toronto y Catania. Esta vez habían optado por jugar a una modalidad del escondite en la que se queda el primero en ser descubierto, y el último jugador, librándose él, libra a los compañeros.

El escondite era su juego favorito para las tardes de invierno, cuando a las seis anochece y la oscuridad reina en el Pasaje. Tenían más de dos horas para esconderse, buscar y correr entre las sombras de árboles y bancos. Hasta que a eso de las ocho y media las mujeres del barrio de Corea, donde vivían las familias de los pescadores, comenzaban a vocear el nombre de sus hijos anunciándoles la cena.

—¡Ramóóóóón, a cenaaar!

—¡Calixtííííín, la cenaaaaa!

—¡Josucoooooo, que se te enfrían los huevooooos!

Las madres de la pandilla Palomera eran señoras de buena familia que nunca saldrían a la puerta de casa para gritar el nombre de sus hijos, ni la temperatura de los huevos fritos, de la tortilla o de la merluza rebozada. Tampoco les hacía falta: Minutos, Peseta,

Toronto, Watussi, Catania y Pachi dejaban los juegos al comenzar las llamadas a la cena en el barrio de Corea. Por su parte, las madres de nuestros amigos sabían que sus hijos llegarían en cuanto sonaran las voces en las casas de los pescadores.

Pero no nos desviemos, aún no es la hora de cenar, falta más de una hora.

Watussi era consciente de lo que se jugaba en ese lance, caminaba atento, despacio y con los músculos en tensión. En cualquier momento podrían saltar Toronto o Catania y entonces se iniciaría una desbocada carrera por ser el primero en tocar el árbol. Contaba con la ventaja de ser quien más corría de la pandilla, no en vano era el más alto y tenía la zancada más larga, pero su mejor arma, la velocidad, no le había servido de nada con Minutos, con Peseta ni con Pachi.

Se le habían escapado tres y los dos restantes eran jugadores que gustaban de alejarse y, una vez escondidos, llamar a gritos al que se quedaba para atraerlo hacia el escondrijo. Cuando tentado por las voces se alejaba de «casa», los escondidos, amparándose en la oscuridad, cambiaban de sitio y, ya en el nuevo, permanecían a la espera de contar con una posición ventajosa.

—¡Watussi, cagón! —gritó alguien desde la oscuridad.

A continuación le pareció distinguir unas sombras que escapaban del Monumento hacia uno de los bancos del parque. Esperó otro grito que le diese más detalles de la nueva posición. No se produjo el segundo grito y allí estaba, caminado hacia un punto imagina-



rio entre el Monumento y el parque, midiendo las distancias con precisión trigonométrica.

«Si me dirijo directamente al parque —pensaba Watussi—, Toronto y Catania se percatarán de que he descubierto su escondite; podrían arrastrarse hasta otro banco y sorprenderme por detrás».

Por el contrario, si en la maniobra de distracción se alejaba demasiado del banco en el que los buscados se ocultaban, la ventaja de su zancada no le serviría de nada.

El corazón le latía con fuerza, notaba su presión en los oídos. Sus ojos, hechos a la oscuridad, ya percibían los objetos que rodeaban el banco donde suponía a sus amigos.

«Si aún están ahí no pueden salir sin ser vistos —pensó—, si se hubieran ido a otro escondite, por fuerza tendría que ser más alejado, porque en caso contrario ya habrían salido para librarse».

Calculó de nuevo las distancias, las posibles vías de escape de los ocultos y llegó a la conclusión de que tenía una posición ventajosa que sus piernas resolverían sin problema.

En el banco, Toronto y Catania permanecían arrodillados en el asiento, encogidos para que la cabeza no superara la altura del respaldo. Observaban los movimientos de Watussi por las rendijas que dejaban las tablas entre sí.

Toronto comprendió lo difícil de su situación. Aunque Watussi disimulaba bien y fingía no tenerlos localizados, lo delataba lo medido de sus movimientos.

Toronto descartó salir corriendo: imposible ganar a Watussi en esa distancia. Una vez que los otros se habían librado, él sería el primer descubierto y, conociendo a Catania, no se podía esperar de él que como último en salvarse consiguiera librar a los compañeros.

La modalidad de que se quede el primero en ser descubierto favorecía el comportamiento salvador de los compañeros: ya había un perdedor —el primero—, luego el último en salir nada tenía que perder y sí mucho que ganar, nada más y nada menos que salvar a todos los compañeros.

Pero el concepto que tenía Catania de una heroicidad no era coincidente con gestas salvadoras sino con burlarse en público de quien descubría una debilidad. No encontraba ninguna satisfacción en el agradecimiento de los otros; lo que realmente le hacía feliz era ver cómo sus amigos reían las barrabasadas que era capaz de hacer a quien se ponía a tiro.

La cruz de esa cara tan canalla era que Catania no podía esperar un favor de nadie: solía ser objeto de la ira y las bromas más pesadas de todos los miembros de la pandilla Palomera.

Catania ya había decidido dejar al descubierto a Toronto, pero ¿cómo hacerlo? No podía empujarlo y echarlo del banco; no es que lo prohibiera el reglamento, pero Toronto, mucho más fuerte que él, podría responderle con un puñetazo de esos de los que hacen difícil contener el llanto. Ponerse a llorar significaría dejar de jugar al escondite para ser el objeto de las risas el tiempo que quedaba hasta la hora de cenar.

«La solución —pensaba Catania— ha de ser más persuasiva. Le propondré salir a la vez, a la una, a las dos... ¡y a las tres!, y que pierda el que primero nombre Watussi. Pero una vez que Toronto eche a correr me quedaré escondido. En cuanto Watussi grite “¡por Toronto!” saldré del banco riendo y señalándolo por lo bobo que habrá sido».

Andaba en esos pensamientos cuando empezó a notar un calor húmedo que traspasaba la tela de sus pantalones y le mojaba el culo.

Toronto había sido más rápido en su decisión y su estratagema, la más eficaz para que alguien saliera de su guarida, funcionaba con los grillos y también funcionó con Catania. Todo lo debió de sopesar en cuestión de segundos, abrió los botones de su bragueta y le *churró* a bocajarro.

Watussi vio salir a Catania y corrió hasta el árbol sin reparar en lo que sucedía detrás de él, entre las sombras del parque.

—¡Por Catania! —gritó Watussi golpeando el árbol.

Vio que tras Catania venía una sombra en la que sin dudar reconoció a Toronto y también golpeó por él. Había conseguido salvarse, ahora sería Catania quien se quedara. No fue hasta entonces, cuando dio por concluido el lance, que comprendió lo que pasaba.

—¡No vale!, ¡no vale! —gritaba Catania—, ¡no vale *churrar!*, ¡Toronto me ha *churrao!*, ¡me ha *churrao!*

La perplejidad de la pandilla dio paso a las carcajadas cuando Catania apareció enfurecido reclamando anular el lance porque Toronto le había *churrao* y, a

modo de prueba, mostraba toda la parte trasera de sus pantalones empapada de *churras*. Detrás, Toronto, aún con la pilila fuera, venía riendo orgulloso.

No prosperó la impugnación; el reglamento no contemplaba que estuviera prohibido *churrar* encima de un jugador. Si acaso en el siguiente lance se incluiría la prohibición, pero de momento Catania debía quedarse, al fin y al cabo lo de la culera mojada no era tan grave.

—Otras veces —dijo Watussi—, cuando jugamos en la escollera, en la playa o en el muelle entre los botes, también nos mojamos los pantalones y nadie protesta.

Pero Catania no estaba de acuerdo y antes de que las lágrimas salieran de sus ojos y la cosa empeorase —al fin y al cabo ahora se reían de la gracia de Toronto, no de su propia humillación—, decidió retirarse a casa fingiendo indignación y luchando por contener las lágrimas.

La pandilla lo siguió hasta la escalera del porche, vieron cómo entraba en casa y oyeron cómo se dirigía a su madre.

—Elías se ha hecho pis encima de mí. —Elías era el nombre de pila de Toronto, delante de los padres jamás se utilizaban los mote, y mucho menos una palabra tan ordinaria como *churrar*.

A continuación oyeron a su madre gritar asqueada algún insulto, el paf, paf de la zapatilla materna golpeando el culo de Catania y por fin el llanto. No le había salido tan mal la cosa: los zapatillazos, aunque no le dolían, eran una buena excusa para empezar a llorar sin que sus amigos se rieran. La pandilla Palomera

solo respetaba el llanto de uno de sus miembros cuando se debía a una paliza familiar o de un maestro. Se daba por hecho que en esos casos se lloraba «de rabia», no «de daño».

El juego del escondite quedó interrumpido. Se sentaron en el bordillo de la acera y las risas fueron dejando paso a comentarios más serenos y ponderados. Hubo acuerdo en que la actuación de Catania había sido un gran error que ninguno de ellos habría cometido. Cualquier madre, ante un pantalón *churrao*, habría reaccionado como Clara, la madre de Catania. Todos convinieron en que era mejor esperar a que se secara, llegar a casa con normalidad y no decir nada.

Acabaron hablando de fútbol. Minutos y Toronto eran del Real Madrid, Peseta del Racing de Santander, Watussi del Bilbao, Pachi, como su madre era gallega, del Deportivo de La Coruña, y Catania, que ya no estaba, del Atlético de Madrid. En Corea, el barrio de los pescadores, las madres comenzaron a llamar a sus hijos y la pandilla Palomera dio por terminada la jornada yendo cada uno a su casa: Minutos, Watussi y Pachi, en el mismo Pasaje; Peseta un poco más lejos, en la plaza de abastos, y Toronto, el que más lejos vivía, enfrente del Hospitalillo.

Aquella noche los gritos del barrio de Corea no cesaron con los comensales delante de los platos, o, mejor dicho, en una casa de pescadores, el plato de Calixtín siguió esperando, ya frío, a que su comensal llegase.

—¡Calixtíííín!

La llamada de su madre comenzó a oírse, como cada día, a eso de las ocho y media. A las nueve y media, cuando Watussi, después de cenar, preparaba sus cosas para la escuela del día siguiente, el grito llamando a Calixtín sonó más próximo, casi en la puerta de su casa.

—¡Ay Señor! —exclamó Carmina, la madre de Watussi—. Ese niño va a matar a su madre de un disgusto.

A eso de las diez y media, cuando Minutos, que era el que más cerca vivía de Corea, ya se había acostado, Palmira Palomera, su madre, alarmada por las llamadas que no cesaban salió a preguntar qué pasaba.

—Ya ve usted —dijo una señora justo enfrente, en la otra acera—, mi sobrino Calixtín, el segundo de mi cuñada La Capataza, que son las diez y media y no ha venido a cenar.

Peseta se despertó a las doce, cuando alguien, un hombre de voz potente, gritaba debajo de su ventana el nombre de Calixtín. Pudo oír cómo su madre salía al balcón.

—Calixto, ¿se ha perdido tu hijo? —preguntó María Elena, la madre de Peseta.

Las voces llegaron al barrio del Hospitalillo a la una y media. Alfonsina, la madre de Toronto, cerró la puerta de la habitación de su hijo para que no se despertara, pero hacía rato que a él las voces no lo dejaban dormir.

Pachi, pese a vivir en pleno Pasaje, no se enteró de nada, siempre dormía como un tronco. No fue hasta por la mañana, mientras desayunaba, que lo supo.

—Llevan toda la noche buscando a un niño del barrio de Corea que se ha perdido —dijo María Luisa, la madre de Pachi—. ¿No visteis ayer a ese niño que llaman Calixtín?

A las nueve y media, cuando en la escuela las filas formadas para entrar en las aulas comenzaban a moverse, todo el pueblo sabía ya que Calixtín, el segundo de La Capataza y Calixto, había desaparecido.





**DÍA PRIMERO,  
JUEVES**

## 2. El guardia civil

Como cada mañana a las nueve y media, Catania entraba en la misma clase que Peseta, Toronto y Watussi. Pachi, al ser un año menor estaba en la clase de 5.º A. Minutos, además del jefe de la pandilla, era un año mayor y estudiaba en el Instituto. Catania apenas recordaba que ayer se había ido a casa enfadado porque le habían *churrado* el pantalón. Si no fuera porque hoy Clara, su madre, le había sacado el pantalón de los domingos, lo habría olvidado por completo.

Ya en el aula, después de rezar el padre nuestro, pensaba en la noche anterior y no era capaz de distinguir en qué momentos había dormido y en cuáles había estado en vela. Había dormido mal, mezclando en su cabeza sueños y recuerdos con las voces que durante toda la noche llamaron a Calixtín.

Don Modesto, el maestro, tras pasar lista, comenzó la clase corrigiendo los deberes.

—Elías del Campo González —dijo don Modesto llamando a Toronto—, al encerado.

Una vez junto al maestro, nuestro amigo confesó que no había hecho los ejercicios. Don Modesto lo despachó con una colleja no muy fuerte, lo que significaba que estaba de buen humor, de lo contrario ha-

bría sido una fortísima bofetada o varios golpes con la regla de madera en la mano abierta.

—Miguel Castuera Retinto —llamó don Modesto cuando se retiró Toronto.

Este era un empollón que con toda seguridad los traía bien hechos, lo que corroboraba la impresión de que hoy el maestro estaba dispuesto a tener una mañana tranquila sin mucha leña que repartir. Catania se relajó, el peligro de una jornada de palos se alejaba.

En la clase había un murmullo que don Modesto no se esforzaba en silenciar. Los cuarenta niños de la clase de 6.º A —los chavales del barrio de Corea iban todos al B— no tenían otro tema de conversación que la desaparición de Calixtín.

A la hora del recreo, los de Corea, que siempre formaban un grupo aparte y pasaban todo el tiempo hablando de sus cosas a gritos en vez de jugar, estaban muy serios y apenas levantaban la voz.

A las once y media, Milo, el conserje, daba por acabado el tiempo de recreo.

—¡Vaaaaamos! —voceaba Milo mientras avanzaba desde el fondo del patio llevando una vara de avellano con la que pegaba a los chavales que se retrasaban—. ¡Vaaaaamos! —repetía cada diez o doce pasos.

—Trata a los niños como a ganado —decía Carmina, la madre de Watussi cuando se refería a Milo, el conserje. En alguna ocasión lo había visto trabajar y no le gustaba en absoluto.

A Peseta, a Toronto, a Watussi, a Catania y a Pachi no les importaba, no sabían cómo se trataba al ganado

y les era fácil esquivar los varazos de Milo. Lo que no les gustaba nada era cómo los trataban don Modesto, don Luis o don Enrique Cuervo; estos te podían arrinconar contra el encerado y descargar con toda su rabia bofetadas en la cara y palos en la espalda. ¡Y pobre de ti como consiguieras esquivar alguno!, porque eso los volvía aún más rabiosos.

Hoy nadie tenía ganas de dar bofetadas o palos. Ni siquiera Milo, el conserje.

—Vamos, chavales, que es la hora —les dijo con voz serena a los de Corea, que siempre se retrasaban y recibían algún varazo.

Ellos obedecieron de buena gana. Milo puso su mano izquierda sobre el hombro derecho de Lipe, el hermano mayor de Calixtín, y caminó junto a él hasta la fila. Parecía más triste el hombre que el niño.

Una vez formadas las filas apareció don José, el director, acompañado de un guardia civil y pidió silencio. Normalmente cuando se pedía silencio a las filas eran necesarias cuatro o cinco llamadas antes de conseguirlo, pero esta vez bastó con una.

El guardia civil no traía ninguna novedad; se refería a Calixtín como Calixto José Lastra Colina y pedía la colaboración de todos los alumnos del «centro escolar». Hablaba como el parte radiofónico de las doce. La colaboración consistía en que contaran al maestro lo que en los días anteriores podían haber visto anormal.

Al oír la palabra «anormal» todos rieron, porque «anormal» era un insulto, casi una palabrota, que no les dejaban decir.

El guardia civil se enfadó, mandó callar a gritos y explicó lo que para él era «anormal»: adultos extraños que hablaran con niños, si Calixto José Lastra Colina estaba raro o lo habían visto hacer algo diferente, si estaba metido en algún lío...

Los de la pandilla Palomera conocían bien a ese guardia civil y les caía gordo. No sabían cómo se llamaba, pero no importaba; era el que los interrogó cuando los llevaron a todos ellos al cuartel. Fue el año anterior, cuando quisieron ver si era verdad lo que decían de Juanillo Huevazos.

Juanillo, que tenía una tienda de golosinas y revistas, debía de contar unos cuarenta años y cojeaba de forma ostensible, inclinando el cuerpo a la izquierda en cada paso. Los chavales del pueblo hacían burlas y se divertían a su costa.

—¡Juanillo, huevazos! —gritaban acercándose a su puerta.

Juanillo entonces salía enfurecido, todo lo deprisa que podía, cojeando de una manera exagerada, intentando en vano atrapar a los chavales. No pillaba a nadie, lo único que conseguía era que se rieran de su furia y su cojera.

—Mira cómo se inclina al andar —decían—, es porque le pesa un huevo más que otro.

Entre los chavales había dudas de que Juanillo tuviera unos huevos enormes, con el izquierdo mucho más grande que el derecho, lo que le descompensaría al caminar. Unos decían que era cierto y otros, que era una

mentira, una falsedad. No se podía argumentar en contra que semejantes huevos se le notarían abultando el pantalón, porque Juanillo Huevazos vestía una sucia bata de tendero que le llegaba hasta las rodillas. Según algunos, esa bata que nunca se quitaba era la prueba de que algo oculto había.

Nando Jorubuca, de 6.º B, que así lo llamaban por su deformación de espalda, era de los que con más vehemencia sostenían que sí, que Juanillo tenía un bulto en el huevo izquierdo tan grande como su propia chepa. Aseguraba, además, que lo había visto.

Contaba que un día entró en el patio de Juanillo Huevazos a recoger ropa que se le había caído a su madre mientras tendía —las casas de Juanillo y Nando Jorubuca eran colindantes—. Una vez en el patio, a través de la ventana abierta del cuarto de baño pudo ver a Juanillo «haciendo de cuerpo» y, efectivamente, tenía el huevo izquierdo tan grande que le llegaba casi hasta el final de la bata.

La pandilla Palomera no acababa de creer lo que contaba Jorubuca, pero un día que iban a la tienda de Juanillo Huevazos a comprar pipas decidieron que sería divertido comprobarlo.

Después de comprar salieron de la tienda, doblaron la esquina y a los pocos metros encontraron la tapia del patio de Juanillo Huevazos. Encima de la tapia habían pegado con cemento cristales rotos; si alguien pretendía saltarla se haría horribles cortes con los cristales puntiagudos. Pero los de la pandilla Palomera sa-

bían cómo se solucionaba ese contratiempo, hacía más de un año que los cristales no eran impedimento para saltar una tapia.

Buscaron una piedra grande que les fue fácil encontrar. Luego, entre dos auparon a Pachi, el que menos pesaba, hasta la altura precisa para que con la piedra fuera machacando los cristales. En esta ocasión no fue necesario machacar nada, alguien ya había allanado, tiempo atrás, los cristales en un tramo de la tapia. Aprovecharon para saltar, ayudándose unos a otros, por donde no había cristales de punta.

Una vez en el patio vieron un ventanuco que sin duda correspondía al cuarto de baño de Juanillo. El ventanuco estaba cerrado con un gancho de alambre que consiguieron soltar sin dificultad. Era un retrete pequeño; debajo del ventanuco había una taza de váter con tapa de madera medio rota y al lado, un lavabo diminuto y sucio. En una de las paredes un gran clavo oxidado servía para ensartar trozos de papel de periódico.

Hasta el momento todo concordaba con lo que Jorubuca había contado: el patio, la ventana, el cuarto de baño. Solo faltaba que Juanillo entrara para hacer sus necesidades, lo que se podía retrasar unas horas, tiempo que la pandilla Palomera no estaba dispuesta a esperar. Decidieron atraer a Juanillo al retrete confiando en que una vez allí aprovechara para hacer uso del váter. Para ello eligieron a Watussi, que al ser el más alto era el que más corría y el que con más facilidad podía saltar por el ventanuco.

Watussi tenía que entrar, ir hasta la puerta y golpearla ligeramente. Entonces Juanillo pensaría que había algo mal cerrado, iría a ver qué pasaba y, una vez en el retrete, seguro que aprovechaba para una *churrada*.

Lo intentaron. Watussi entró, movió la puerta, volvió al ventanuco, saltó al exterior y esperaron, pero Juanillo no apareció. Volvió Watussi a repetir la operación y tampoco. A la tercera decidió ser más expeditivo.

Juanillo Huevazos, por su parte, estaba en la tienda, despachando nervioso porque la puerta del cuarto de baño, mal cerrada —aunque juraría haberla cerrado bien—, golpeaba y la clientela no le permitía ir a cerrar. Cuando por fin salió la última clienta y Juanillo se disponía a cerrar la maldita puerta, se le heló la sangre al oír en su propio cuarto de baño, detrás de la puerta que tenía a un paso, el grito de un chaval.

—¡Juanillo, huevazos!

Watussi, nada más gritar, dio un salto hasta la taza del váter, pretendía coger impulso pisando en la tapa y alcanzar el ventanuco. Pero la vieja tapa no aguantó el pisotón, se hundió y Watussi quedó atrapado entre las astillas de la tapa justo en el momento en que Juanillo, más enfadado que nunca, entraba en el retrete.

Los otros miembros de la pandilla Palomera, conscientes de que nada podían hacer por Watussi, huyeron mientras por detrás oían a Juanillo vocear.

—¡Hijoputa!, ¡hijoputa! Vas a ir al cuartel, a ver si de allí te llevan al reformatorio, ¡sinvergüenza! —gritaba Juanillo mientras descargaba golpes sobre Watussi,



que con un pie aún atrapado en la taza se cubría con las manos como podía.

Watussi acabó en el cuartel de la Guardia Civil, dolorido y con la amenaza de ir al reformatorio si no decía quiénes eran los amigos que estaban con él. Lloró de miedo lo que no había llorado «de daño», pero no fue un acusica. Tampoco sirvió de mucho callar, Juanillo Huevazos conocía a sus amigos, los había visto unos minutos antes del incidente comprando pipas en su tienda, así que un guardia salió a buscarlos y no tardaron en ir apareciendo por el cuartel.

No hubo reformatorio para ninguno de ellos. La Guardia Civil entregó a los seis a sus padres, que uno por uno fueron a buscarlos. Minutos, Toronto y Watussi, recibieron las bofetadas paternas en el mismo cuartel; Alfredo, el padre de Peseta, y Nacho, el de Catania, esperaron a llegar a casa. Pachi tuvo más suerte, fue despachado con un sermón.

Y había sido ese mismo guardia, el que ahora pedía colaboración a toda la escuela, decía «anormal» y a Calixtín lo llamaba Calixto José Lastra Colina. Les caía muy mal porque los había obligado a darle los nombres de los padres —no le valieron las madres, quienes habrían sido más benévolas—. Era odioso porque no los dejó salir hasta que llegaron a buscarlos y porque lo consideraban el culpable de que fueran castigados sin salir y sin paga. Pachi, que fue a quien menos castigo le cayó, estuvo dos semanas sin paga y una sin salir; Minutos y Peseta llegaron al mes. Pero la peor parte la llevó Watussi, porque a César, su padre, le tocó abonar

la tapa de váter rota y lo descontó durante semanas de la paga de su hijo.

Con ellos, con la pandilla Palomera, que no contara ese guardia acusica. ¡Él era lo más «anormal» que habían visto en el último año!

Próxima aventura de la pandilla Palomera

# **LA PANDILLA PALOMERA Y EL PUENTE DE LA BAHÍA**

Ya puedes pedir tu ejemplar en  
[www.lapandillapalomera.com](http://www.lapandillapalomera.com)